

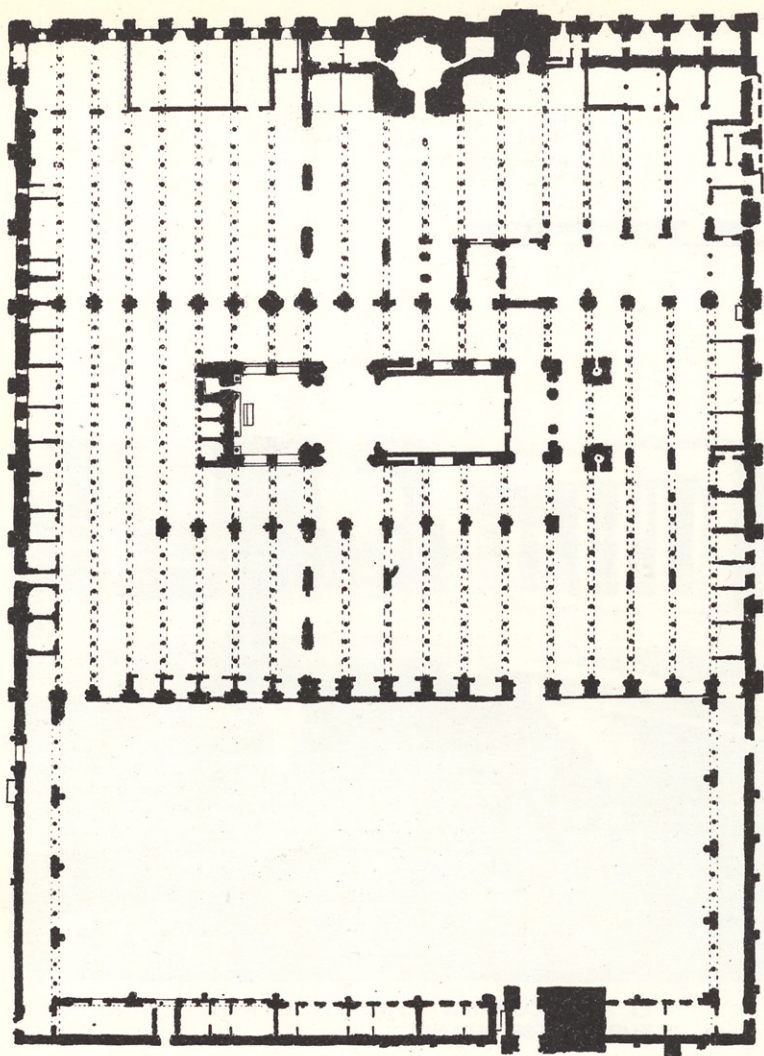


FIG. 92.—Planta de la mezquita en su estado actual.

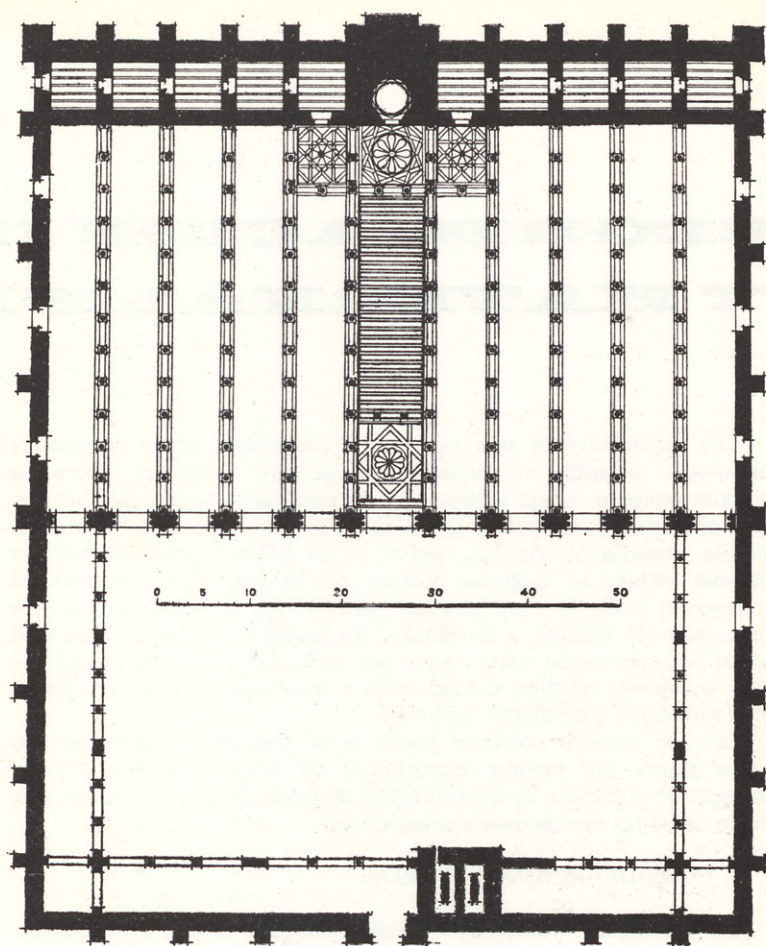


FIG. 83.—Mezquita de al-Hakam II, aislada del resto de la construcción. Planta hipotética. (CHUECA.)

## DEL LIBRO "HISTORIA DE LA ARQUITECTURA DE ESPAÑA"

Fernando CHUECA GOITIA, 1965

Desde el 785 a 990, es decir, durante doscientos cinco años —dos siglos en números redondos—, la mezquita de Córdoba, extendiendo poco a poco su bosque de columnas, fue el reflejo de la historia de la España omeya y sostuvo la gloria de uno de los más grandes capítulos de nuestro arte. Por su antigüedad —es el más viejo de los grandes monumentos conservados en España—, por su significación histórica, por la trascendencia que tuvo para el arte español y por su belleza, le cabe un puesto de honor en nuestra arquitectura. ¡Pero qué maltratado ha sido a través de los tiempos! Bajo su vasta superficie cubierta, todas las civilizaciones han encontrado sitio para alojar sus construcciones. Ha sido como una gran alhóndiga donde cada cual ha ido acumulando caprichosamente los objetos que le han venido en gana.

Los constructores de la mezquita querían decirnos algo: hoy su discurso está enteramente sofocado por una serie de voces extrañas. Los alarifes árabes se esforzaron por que la vista no hallara en toda el área del vasto recinto más impedimento que los fustes de mármol, cuyas enfiladas focales o diagonales constituían la esencia de este

espacio peculiar. La injerencia de cualquier macizo, muro o pilar hubiera destruido el efecto y anulado la intención primaria de la mezquita. Los artistas de al-Hakam, concientes de ello, supieron construir pesadas superestructuras sobre columnas en todo iguales a las demás.

Esta gran lección no la comprendieron los constructores cristianos, que lo llenaron todo de pilares, estribos, muros y altares, llegando en su osadía a la poco afortunada construcción de la gran catedral del siglo XVI, obra en sí estimable, pero que destruye algo que si podemos acaso imaginar no podemos en cambio gozar en su realidad: la impresión total de la más hermosa sala de columnas que nunca se hubiera soñado. En último término, es verdad, hemos conservado la mezquita como testigo arqueológico y quizá gracias al duro precio de que se incrustara la catedral cristiana; pero hemos perdido lo que había de ella de alta fruición estética. ¿Sería muy atrevido el anhelo de recuperarla? El gran poeta Rainer María Rilke se quejaba diciendo: "Da pena, tristeza y aun vergüenza lo que se ha hecho con la mezquita al enredar la iglesia y las capillas en sus lisas guedejas, y se querría desenredarlas y peinar tan hermosa cabellera."